

ALMACEN



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 5 DE MARZO DE 1843.

Teatros.

SANCHO GARCIA

POR EL SEÑOR ZORRILLA.

Composicion trágica ejecutada en Madrid (teatro de la Cruz) á fines del año último.

En nuestro artículo último hablamos de la reaccion literaria que se nota en el movimiento del teatro mas que en el de ningun otro ramo de la literatura, y hoy presentaremos una prueba mas en el juicio que vamos á emitir acerca de la composicion trágica (como la llama el cartel) que lleva por título Sancho Garcia. Claro nos dice que se ha querido ensayar en ella un acomodamiento con el gusto reciente del público y el que no há muchos años dominaba en las tablas; pero aunque no se hubiese tomado la empresa semejante trabajo, fácil era caer en la cuenta; porque los personajes calzaban coturno casi todos, y el esmero de las formas y la entonacion del lenguaje no dejaban duda de la intencion que llevaba el autor de allanar el camino á la rehabilitacion de la tragedia.

Si alguno podia acometer ventajosamente semejante empresa, el señor Zorrilla era el escogido entre los llamados, y por lo mismo juzgamos digna de alabanza su resolucion. Sabido es que la tragedia moderna calcada sobre la imitacion de los antiguos, mas ha solido atender á la perfeccion de los detalles, á la buena proporcion de las partes y á la correccion y aliño de la frase que no á la verdad de los caracteres y á la profundidad y vigor de los afectos. Incapaz de desenvolver aquel sentimiento íntimo de espontaneidad y de candor que mientras dure el gusto de lo bello entre los hombres, asegurará la duracion y el respeto á las obras del teatro griego, la tragedia en su apagado reflejo miró como la principal cuestion de la forma y se cuidó mas de la exterioridad que de la esencia. La tragedia griega era una doncella nacida en el regazo de la religion, criada con los recuerdos de las glorias nacionales, hermosa como la primera, noble y generosa como los últimos.

Era un fruto producido naturalmente por el terreno, nacido debajo de aquel cielo azul, madurado á los rayos puros de aquel sol benéfico, regado por aquellas lluvias templadas y acariciado por aquellas brisas benignas y suaves en cuyo seno volaban espíritus invisibles. La tragedia venia de Homero: tenia la cintura de Venus para cautivar; los ojos y las lágrimas de Andrómaca para apoderarse del corazon: la noble abnegacion de Hector y la desapiadada fiereza de Aquiles. La tragedia habia sido niña, jóven y adulta á los ojos del mismo pueblo, semejante á un pensamiento confuso que penetra de repente en el alma, que sucesivamente vá cobrando brio y pujanza y que mas tarde viene á ser la esplicacion de la vida y el norte de las acciones humanas. Eschilo, Sófoles y Eurípides que la habian llevado de la mano por el campo de su existencia, la habian fecundado con el soplo de su genio y en ella habian depositado la fé, los recuerdos y el espíritu de aquella sociedad. En una palabra, la tragedia griega era verdaderamente indígena y por eso repetia de un modo tan completo, la fisonomía de aquel pueblo privilegiado.

¿Podrian esplicarse semejantes condiciones á nuestra sociedad criada á los pechos del evangelio y adoctrinada por su filosofía? El cristianismo buscaba lejos de la tierra y fuera del alcance de los sentidos el tipo de su espiritual y mística belleza, y así en sus apariciones á un mundo mejor como en su humildad y abatimiento, así cuando se remontaba en alas de la fé, como cuando se despeñaba con el peso de la duda y del orgullo, siempre revelaba al hombre el secreto de su estirpe divina y de su caída dolorosa. ¿Dónde pues podia buscarse aquella armonía, que en el paganismo resultaba del equilibrio y serenidad del mundo exterior y de las deidades que eran el símbolo de sus fuerzas? ¿Dónde encontrar aquella fatalidad ciega, reguladora de la vida y esplicacion de sus vicisitudes, en una sociedad que vivia por la libertad y para la libertad? ¿Para qué pintar solo los pesares de los poderosos de la tierra, cuando Dios habia repartido su pan y sus dolores con el pobre y desvalido al pasar por el mundo y á todos los habia igualado á sus ojos, rehabilitando de esta suerte al mismo tiempo la especie y el individuo? Dante es nuestro Homero y de su *Divina Comedia* brota la literatura cristiana, como la pagana fluia del griego semejante á un arroyo cristalino.

Si en esto se parecen, en todo lo demas los separan los siglos y sobre todo las creencias, en términos que sin la guía de estos la epopeya del poeta florentino apenas nos dejaria penetrar su sentido. Vano intento seria buscar regularidad de estructura, armonía en las formas, ni serenidad en los afectos, en las peregrinaciones de aquella alma atormentada, sombría y melancólica.

¿A quién se parece *Francesca de Rimini*? Prámo veía caer sus hijos uno tras otro en los escalones de su trono: Hugolino los veía también *cader ad uno ad uno* en la soledad de su torre, y sin embargo, ¿qué tiene de común su dolor? El hombre combatía con el destino en otro tiempo; pero ahora lucha consigo propio y con los encontrados instintos del bien y del mal que se disputan el imperio de su alma. ¿Cómo pues, buscar consonancia y orden exterior en medio de tan reñida batalla? La literatura cristiana ha tenido que reconocer á un tiempo el sello de la gracia y el del pecado: ha tenido que representar al hombre en su grandeza y pequeñez, en sus virtudes y en sus vicios, en su gravedad y en sus ridiculeces. De aquí el drama moderno, planta indígena también, acomodada á las condiciones del terreno y de la atmósfera así en su principio como en la época de su robustez, así en el *embrion de los misterios* como en las obras de Shakespeare y Calderon.

Por eso decíamos que la tragedia despojada de vida propia y ceñida á la imitación de los griegos había tenido que cuidar con especial ahinco de la regularidad y simetría; prescindiendo de las dotes que formaban la esencia de su modelo. Afortunadamente el espíritu de copia no mató del todo la originalidad; y *Chateaubriand* ha demostrado á las claras en el *Genio del Cristianismo* hasta qué punto la religión cristiana se había abierto paso por entre las filas mismas de la gentilidad en los grandes escritores del siglo de Luis XIV. Pero tras de los grandes maestros vino el tropel de reglistas frios y despóticos, y el arte comprimido mas y mas bajo el yugo de exigencias injustas, ha tenido que conquistar su libertad y crearse una esfera nueva de actividad á costa de una verdadera revolución, sujeta como todas á los estravíos y desbarros propios de los partidos extremos y de los ímpetus violentos.

Por dicha el espíritu de bandería está ya lejos; alcanzamos una época de criterio desapasionado y analítico distante igualmente de perniciosas reacciones, y á la sombra de su imparcialidad van resucitándose las obras literarias que cayeron á manos de las pasadas reacciones. ¿Y por qué no? El arte florece donde quiera que la verdad y la naturaleza de las cosas le prestan su sabiduría, y para ventura suya es probable que no le vuelvan á atormentar mas ligaduras y trabas que las que la razón prescribe y autoriza el instinto de lo bello.

Si la inspiración quiere encerrarse en determinados límites, nadie le pedirá cuenta de su elección con tal que escite el interés y se grave en el ánimo. No lo olvidemos sin embargo; la expresión mas completa del sentimiento en la época que alcanzamos, se cifra en el drama, porque él solo puede reproducir las variadas impresiones que recibimos de las desiguales y extraordinarias escenas de que somos y hemos sido espectadores. Al cabo la tragedia gira en una órbita mas limitada y no comprende mas que determinadas categorías en un tiempo en que ninguna clava la rueda de la fortuna, antes todas aparecen ó desaparecen de súbito al impulso de su rápido movimiento.

De todos modos aun la tragedia se presentará probablemente en la actualidad con los fueros conseguidos en la lucha encarnizada que ha sostenido la inteligencia, y buena prueba parece ser de ello *Sancho Garcia*. El autor que se ha creído obligado á sostener la elevación del coturno, no por eso ha querido sujetarse ni á la unidad de lugar, ni al carril del romance endecasílabo asonantado, sino que ha usado de la versificación mejor acomodada á su objeto y trocado la escena siempre que el plan lo exigia. Tanto mejor para él que tan discreto se ha mostrado y tan conocedor del público á quien se dirigia.

*Sancho García* adolece de una falta casi indispensable en un poeta que como el señor Zorrilla despliega las velas de su imaginacion al primer soplo del arte, y ni al retratar el mundo real puede desprenderse de su paleta mágica. *Sancho García* flaquea por el lado de los caracteres que mas parecen figuras destinadas á adornar sus hermosos paisajes, que no personas que reúnanse ó preséntense en cualquier lugar, siempre reconcentran en sí propias toda la atencion y el cuidado del público.

La imaginacion puede crear un drama novelesco, vario en sus incidentes; ordenado al mismo tiempo en su plan y lleno de interés y de elevacion moral; puede remontarnos en sus alas á otro mundo mejor y decorarlo con sus galas; pero nunca por sí sola descifrá los misterios de la vida real, las tempestades del alma y los vaivenes del corazon. Talento es este difícil en mas alto grado, que solo con la observacion y los años llega á sazón perfecta, y talento en fin que la tendencia analítica del siglo busca en las obras del arte como clave de su sentido y esplanacion de su pensamiento. Esta cualidad trascendental y profunda es la que mas escasea en esta obra, no porque no antepongamos en nuestra estimacion sus personajes á los de la tragedia de Cienfuegos que versa sobre el mismo asunto; sino porque ni unos ni otros se dan á conocer bastante al espectador para que traben con ellos aquella relacion estrecha que nos liga á las creaciones de los grandes maestros. Los caracteres no descansan en el sentimiento considerado de por sí, sino en las peculiares condiciones que lo acompañan al encarnarse en el hombre y que se modifican y combinan de diversos modos en su desarrollo sucesivo: el sentimiento pertenece á la humanidad, el carácter al individuo: el sentimiento en fin representa la unidad, y el carácter la variedad. La mayor parte de los personajes de este drama están dibujados con los rasgos mas generales de la pasion y apenas descubren su individualidad; por eso el público no se los pinta con toda la distincion y claridad que se busca en las impresiones artísticas. Sin embargo en todos ellos, y particularmente en la condesa, se echan de ver asomos de un dibujo mas correcto y acabado, y de esperar es que la reflexion y una aplicacion constante den á este jóven poeta una facultad tan necesaria y cuya falta contribuyen á poner de manifiesto las demas prendas de su ingenio aventajado.

Mas estudiada que las figuras está la composicion de esta obra, y dado que lo novelesco de aquellas refluya tambien sobre esta, el público la sigue con gusto en su desenvolvimiento. El desenlace carece de aquella verosimilitud rigurosa mirada con razon como necesaria en las obras de teatro que destinadas á ser un tratado de la vida, no pisan las regiones de lo maravilloso; pero la elevacion moral y la grandeza del sacrificio embargan el ánimo, cautivan el corazon y desarman la severidad de la crítica.

Aun para la que acabamos de ejercer nos ha sido forzoso el recogimiento de la imparcialidad y el silencio de la meditacion; porque si hubiéramos de haber juzgado cuando todavía vibraban en el alma las emociones del teatro, imposible nos fuera el exámen frio y desapasionado. ¿Quién va á pedir cuenta de la menor correccion del dibujo y de lo mal agrupado de las figuras á un pintor de tan mágico y transparente colorido, cuando el alma se lanza por sus paisajes encantados? ¿Quién mecido por la música de aquella versificacion armoniosa y dulcísima, tiene el desembarazo necesario para averiguar la parte fallida de la letra? ¿Quién disputa la autoridad á quien de tantos modos le sojuzga y arrastra? Nosotros nos juntábamos al general trasporte en aquel



# LA GABEZA ENCANTADA

O EL ESPAÑOL EN VENECIA.

Por D. Francisco Martínez de la Rosa.

Drama en cinco actos y en verso ejecutado en el teatro del Principe (Madrid) á principios de este año.

El pensamiento que preside á este drama siempre será popular en nuestra patria. Los poetas mas predilectos de la nacion española son galantes hasta el extremo de convertir el amor en una verdadera religion. Este inagotable germen de poesia casi es el único elemento constitutivo de nuestro teatro nacional. El Sr. Martínez de la Rosa ha añadido un cuadro mas al inmenso panorama de nuestra literatura dramática, y si en honor de la verdad el cuadro carece de grandes dimensiones, es de los mas pintorescos que se pueden presentar á dos ojos de un español. El poeta no se ha propuesto en su obra mas que hacer triunfar el amor de la inconstancia, una muger asidua y cariñosa, de un hombre versátil y galanteador: para llevar á cabo este manoseado objeto no se vale el autor de grandes contrastes morales, de pasiones profundas, de situaciones altamente dramáticas. En *El español en Venecia* hay citas, desafios, celos, mugeres rebozadas, noches apacibles, coros, trapicheos, y todo ese cúmulo de emociones que tan ingenuamente aplaudimos los españoles por ser lo que mas adula nuestros instintos meridionales.

Esta comedia por su índole pertenece al género de las de *Calderón*; suelen tener las de este mas amplitud de miras; pero aunque en la comedia de que nos ocupamos hay nimiedad de proporciones, esto consiste en que el autor ha tenido que plegarse á las exigencias modernas. Las comedias antiguas poseen un artificio mas ingenioso, unos lances mas imprevistos, y unos conceptos mas sutiles, pero en cambio la comedia del Sr. Martínez de la Rosa encierra un plan mas arreglado, un enredo mas verosimil y un conceptismo menos alambicado.

El protagonista *D. Luis de Guevara* es un jóven galante y veleidoso, que se presenta en Venecia huyendo de una muger que empezaba á causarle enojos. La hermosa despreciada le sigue y aprovechándose de la temporada de carnaval, juega al amante algunos lances chistosos, despues de concertarse con dos amigas estremadamente duchas en materias de galanteos. El arrogante español es trapalon, noble, pendenciero, que se enreda en aventuras por solo el placer de llevarlas á cabo felizmente, y que acepta una lucha de cualquier clase y en cualquier terreno que se le elija. *Ines* le ama con delirio, y siendo despejada y notablemente hermosa está por demás advertir que al fin el rebelde amante viene á acreditar á sus pies con su rendimiento que el talento unido á la hermosura, es un adversario que fascina á los mas audaces, y que siempre lleva la mejor parte en las contiendas eróticas.

La versificacion es fluida, rápida, variada. Los chistes rebosan donaire, y

el diálogo se desliza tan naturalmente que puede servir de modelo. Véase una escena del acto tercero en que D. Luis metido en una góndola debajo de las ventanas de una dama misteriosa, la requiebra una noche al son de voluptuosos ceceos, y rodeado de la infinidad de accidentes que hacen en extremo agradable el espectáculo de este drama.

DOÑA INES. (Canta.)

Farol de muchos colores  
En un galan sienta mal,  
Que tal vez es la señal  
De tener muchos amores...

Uno solo...  
Uno sí

Y ese para mí...  
D. Luis.

Para vos, señora mía,  
Para vos sola será...

DOÑA INES. (Desde la ventana.)

¿Quién me grita desde allá?  
D. Luis.

Que lo acertaseis querría.  
¿Nada os dice el corazón?

DOÑA INES.

¿Razon? tenerla procuro...  
Como está tan alto el muro

Llega muy confuso el són...  
D. Luis.

Decirme habeis ofrecido...  
DOÑA INES.

¿Ido?  
D. Luis.

Cuál es vuestro nombre?  
DOÑA INES.

¿Qué me fié yo de un hombre?  
¿Y si es falso y fementido?

D. Luis.  
Os juro que será fiel.

DOÑA INES.  
¿Hiel? eso si me darás

D. Luis.  
Esclavo vuestro será...

DOÑA INES.  
Será lo que quiera él.

D. Luis.  
La voz se la lleva el viento.

Al fin del último acto se entabla entre D. Luis y la Cabeza encantada este

otro diálogo no menos gracioso que el primero:

D. Luis.  
¿Estais encantada?... «Sí»

¿Es muy constante?... «Sí»

DOÑA INES. Por eso no hay que fiar;  
Que puede el viento llevar

Tambien vuestro juramento...  
D. Luis.

Cou la sangre de mis venas...  
DOÑA INES.

¿Penas? las que me traereis.....  
D. Luis.

Mientras viva, me tendreis  
Cautivo en vuestras cadenas.

DOÑA INES.  
¿Acaso no teneis dueño?

D. Luis.  
Nunca dí mi libertad.

DOÑA INES.  
¿Y ahora en esta oscuridad

Queréis formar tal empeño?  
D. Luis.

Por esas luces divinas  
Que alumbran el firmamento....

DOÑA INES.  
Vuestra voz se lleva el viento

A casa de mis vecinas.  
D. Luis.

Donosa sois por demas.  
DOÑA INES.

¿Mas quisiérais todavía?...  
D. Luis.

Una tan solo querría.  
DOÑA INES.

Y las que vengan detrás.  
D. Luis.

Un Dios, un rey y un amor,  
Esa, señora, es mi ley.

DOÑA INES.  
Pero antes que muera el rey

Ya le poneis sucesor.

Al fin del último acto se entabla entre D. Luis y la Cabeza encantada este otro diálogo no menos gracioso que el primero:

D. Luis. ¿Estais encantada?... «Sí»

¿Es muy constante?... «Sí»

¿Es muy constante?... «Sí»

¿A quién se parece?.. «A tí?»  
 MATILDE.  
 ¿No lo veis?  
 D. LUIS.  
 Es que contesta  
 Eso mismo á cualquier hombre.  
 ELEONORA.  
 Es que sabe vuestro nombre  
 Y os dió acertada respuesta.  
 D. LUIS.  
 ¿Quién soy yo?... No sabrá tanto,  
 Recien llegado á esta tierra...  
 MATILDE.  
 Cuanto en el mundo se encierra  
 Está sujeto á su encanto.  
 D. LUIS.  
 Pronto saldreis del error.  
 MATILDE.  
 ¿Y por qué no proseguís?  
 D. LUIS. (Preguntando á la cabeza)  
 ¿Cómo me llamo?  
 D. LUIS.  
 ELEONORA.  
 Se os ha mudado el color...  
 D. LUIS.  
 ¿A mí!...

ELEONORA. Sí.  
 D. LUIS. (Aparte.)  
 (Nunca jamás)  
 He visto cosa mas rara...  
 ¿D. Luis de qué?... «De Guevara!»  
 ELEONORA.  
 Aun se os ha mudado más.  
 D. LUIS.  
 ¿Casado, viudo, ó soltero?  
 ... MATILDE.  
 No le hagais tantas preguntas.  
 D. LUIS.  
 Contestará á todas juntas.  
 Dime ¿Quién soy?... «Embustero!»  
 Y mi querida quién es?... «Cada dia.»  
 ELEONORA.  
 Mirad si razón tenia.  
 D. LUIS.  
 ¿Y á quién quiero?... «A cuantas ves?»  
 ¿Dónde he nacido?... «En España?»  
 ¿En Aragon ó en Castilla?  
 ¿No lo sabes?... «En Sevilla.»  
 D. LUIS. (Aparte.)  
 Se vió cosa mas estraña!

Figúrese el lector que oye estos bellísimos trozos de versificación unidos á una accion interesante que se halla salpicada de una porcion de incidentes que siempre inflaman nuestras cabezas, como son duelos nocturnos, alguaciles chasqueados, damas trapiscudistas, y se podrá formar idea de un cuadro esencialmente español que copia nuestras costambres, que halaga nuestras creencias, y que llena cumplidamente nuestras aficiones y deseos.

Concluido el drama el público pidió el nombre del autor, y después de oirle de boca del señor Romea, un redoble de aplausos resonó por todos los ángulos del teatro, el cual se repitió varias veces con un entusiasmo difícil de explicar.

No concluiremos este artículo sin rendir el tributo de nuestra admiracion á uno de los hombres que mas honor hacen á la nacion española, y que han tematizado por los insurrectos bajeos que esclavizan nuestra patria, gime proscrito en una tierra estrañera, mientras que con sus obras honra la literatura del pais que tiene la gloria de haberle dado el ser. Si los votos de los españoles que, en medio de tanta abyeccion, aun abrigan en su pecho sentimientos nobles, pueden endulzar en parte el destierro de tan ilustre varon, nosotros nos complacemos en ser intérpretes del entusiasmo con que el pueblo español saluda el nombre de *Martinez de la Rosa*, sea cualquiera el sitio donde se escucha.

Acatamos, no sin envidia, la pureza de esa reputacion que ha permanecido incólume en una época en que el infestado aliento de la calamnia no ha dejado intacta ninguna moralidad. El señor *Martinez de la Rosa* es la única notabilidad contemporánea á quien hacen justicia las fracciones políticas mas desalmadas, y no debe ser poca vanagloria para él, ver que hasta los mismos



su padre ó culpaba; y acercándose á Thola le saludó con respeto; tomóle después la mano: y le condujo ante su padre.

— Cuando estuvo cerca de él, dijo la joven á Thola con voz tímida: — Siempre os ha amado; lo sé; y su ira ha nacido sólo de su tristeza, y no de ningún odio.

Pero Jephthé permanecía inmóvil: una herida emponzoñada por tan largo tiempo no se cicatriza de repente.

Entre tanto Thola, arrepentido quizá de las graves faltas de su juventud, ó tal vez inquieto de verse con los suyos en poder del temible caudillo á quien nada resiste, dijo á Seida:

— Hija de mi hermano, bendita seas por tus palabras conciliadoras. Y tú, Jephthé, escúchame: Muchas noches he pasado sin sueño desde que mis ojos te vieron partir con tu joven esposa, á quien Dios dé la paz en el seno de Abraham! y esta niña que encuentro hoy tan bella y agraciada como su madre. Y si no me lo hubiera estorbado mi vergüenza, tiempo hace que hubiera venido á buscarte. Escúchame ahora, y véanse terminadas hoy nuestras disensiones! El éxito de los proyectos insensatos siempre manifiesta bien la indignación de Dios: demasiado tarde lo he reconocido. Si tu quieres olvidar lo pasado y venir con nosotros á combatir los enemigos de tu pueblo, yo te demandaré, como lo hubiera debido hacer en nuestros felices días, á tu hija para mi hijo. Dime, ¿quieres concedérmela como una prenda de alianza entre tí y mi país? Herane, hijo mio, ven á saludar un segundo padre, continuó Thola, que aun no había podido sacar á Jephthé de su feroz silencio.

Pero el altivo Herane, resentido del desden de Jephthé y del tono suplicante de su padre, pues la juventud impetuosa no conoce consideraciones, Herane permaneció inmóvil.

— ¿Y Zelfa, murmuró, la hija de Achitob? ¿Responderemos á su padre que la había concedido á nuestras invitaciones, con una acerba afrenta?

La turbación coloró las mejillas de Seida que dejó caer su velo; hubiera querido poder retirarse, al escuchar al joven hebreo hablar de esta manera; pero vió que las palabras de Herane habían hecho atravesar un rayo terrible de ira por el rostro de su padre; y se decidió á quedar. Duro esfuerzo fué este para ella.

Jephthé entretanto miraba á Herane, y mil contrarios sentimientos parecían sucederse y luchar en su seno. La vista de aquella faz en que brillaba la flor de una bella y vigorosa juventud, traíale á la memoria los días pasados bajo el techo de sus padres. Un perfume de sus dulces años atravesó su espíritu. Por fin, dijo:

— Herane, cuando tu padre era joven como tú, yo le amaba; y en él amaba á toda su raza. Muchas veces te he tenido en mi brazo para que lograras alcanzar los maduros frutos de la vid, y la higuera que daban sombra á nuestro albergue. Siempre se acuerda mi corazón de todo eso; como un padre te amaba, y en tí fijaba todas mis esperanzas... No quieras ser hijo mio.

Estas conmovedoras palabras, salidas de los labios de un hombre adusto, echaron por tierra repentinamente la altivez de Herane, el cual acercóse y dijo:

— Vuestro hijo, sí, quiero serlo; y Dios que nos vé, sabe bien que siempre lo he anhelado. Però no quisiera servir de gaje entre dos enemigos.

Y arrojándose á los pies de Jephthé, quiso adorarle. Pero éste le detuvo, y estrechándole entre sus brazos túvole largo espa-

cio contra su pecho, y solo le dejó para dar á Thola igual muestra de reconciliacion.

VII. Aquella misma tarde se celebraron los esponsales de Seida, y del hijo del hermano de Jephthé. La hermosa doncella, envuelta en su velo de desposada, recibió trémula el anillo de oro que Herane colocó suavemente en su dedo, y desapareció luego, huyendo conmovida y ruborizada á ocultarse entre sus compañeras. Su padre en tanto, en union con los enviados de Galaad, celebraba con los mas inefables regocijos el feliz término de aquel dia, que habia comenzado bajo los mas negros y tristes auspicios. Mirábanse sorprendidas aquellas gentes unas á otras, y decian: — El corazon del hombre está en las manos del Señor, y él lo torna del lado que mas le agrada.

Y diciéndolo esto, se felicitaban del éxito inesperado de su mision.

Al siguiente dia Jephthé reunió sus turbulentos compañeros, y les anunció la gloriosa expedicion que iban al instante á emprender. En adelante, añadió, brillando en sus facciones el fuego de un noble orgullo, no pasarán ya mas nuestros destinos envueltos en las sombras de la noche, por el contrario, á los ojos de las naciones, y como valientes guerreros no tendremos ya mas que avengonzarnos de nuestros triunfos.

Después les dijo que su pueblo habia solicitado su alianza, y que él, haciendo consistir su mayor gloria en el perdon, asi como otros en la inflexibilidad, y en el rencor, le habia prometido su socorro, aunque con la condicion de que despues de la victoria, seria reconocido como príncipe y señor de Galaad, y que sus soldados serian admitidos al goce de todos los derechos y privilegios concedidos al pueblo de Dios.

Los que quíerán seguir mi destino que pasen del lado de mi espada, añadió en esto elevando su brazo armado ante ellos. Todos pasaron, clamando al mismo tiempo.

Gloria á Jephthé! Y estos hombres, en guerra con el mundo, que los habia arrojado de su seno como el mar arroja sobre la ribera la espuma de sus olas, estos hombres, sintieron en aquel momento engrandecerse su corazon, y brotar en él nuevos y fecundos gérmenes de valor y de audacia ante la sola idea de que tenían todavía una patria que amar, y unos derechos que defender. La hostilidad de unos hombres con otros, les jamás otra cosa que una simple represalia.

Cinco dias fueron empleados en los preparativos de la partida, y estos cinco dias la impaciencia y los deseos de gloria no dejaron sosegar aquellos corazones.

Durante este tiempo, que hacia Seida la hermosa y tierna virgen, tan bruscamente prometida á un joven que le habia al principio despreciado, y que si últimamente la habia aceptado por esposa no parecia haberlo hecho mas que contra toda su voluntad? Estaba triste, y sin atreverse á presentar ante los ojos de su futuro esposo, evitaba sus miradas ocultándose bajo su velo, como el pájaro se oculta entre las hojas al menor soplo de tempestad; sin saber que contestar á sus preguntas, sin atreverse á levantar sus ojos en su pre-

sencia, huía los pasos del joven y temía su encuentro. En vano su padre trataba de vencer esta inocente timidez, en vano la había invitado á mezclarse sus acentos á los festines que ofrecia á sus huéspedes; silenciosa y triste á estas invitaciones, parecia haber olvidado sus infantiles juegos y su bulliciosa alegría. Alegres juegos de las doncellas, cuán cortos seís, y cuán vecinos estais de las lágrimas y los dolores. Como el alba naciente y pura no teneis lejos de vosotros la hora de las tempestades.

Una tarde, Herane que seguia de lejos todos sus pasos, la sorprendió bajo las palmeras de la fuente.

Volvia ella con calma, llevando sobre su cabeza un cantarillo lleno del agua fresca y pura que acababa de tomar del manantial, y andaba sola y pensativa, porque sus compañeras se habían adelantado en su camino. El viento de la tarde había levantado su velo, y el rayo del crepúsculo iluminaba su semblante en aquellos momentos; Seida estaba tan bella cual debió aparecer Raquel á los ojos de Jacob, cuando por vez primera contempló sus encantos.

Herane se colocó junto á un sauce, por delante del cual debía pasar su bella prometida, y cuando la vió ya á corta distancia se adelantó, y lanzándose á sus pies con un acento tímido la dijo: así

— Seida...

Sorprendida y ruborizada la doncella intentó desde luego huir, pero al ver que el joven le aguardaba, y que parecia tener intención de hablarla, se paró confusa.

— Seida, repitió el mancebo, por qué huís ante mi vista? Hace tres días que sigo en todas partes vuestros pasos, con ánimos de hablaros del porvenir que nos aguarda, y en tres días todavía no he tenido una sola ocasion en que poder hacerlo.

Seida no contestó á las palabras del joven, pero sus mejillas se embriaron de unos tintes más vivos que los de las rosas de Saaron, hebridas por los rayos del astro del día. Herane también permaneció mudo: no obstante de haber deseado tanto tiempo una entrevista con su amante; hoy que se hallaba al frente de ella, no acertaba á desplegar los labios: su corazón estaba lleno de pensamientos que ansiaba transmitir al corazón de Seida; pero la timidez de esta había pasado también á embargar en él sus sentidos.

No obstante levantó el cantarillo que Seida llevaba sobre su cabeza, le ayudó á dejarlo en tierra, y trayéndola después á la margen tapizada de musgo de la fuente, la hizo asentar en ella, y se sentó él á su lado.

Los cielos brillaban sobre su cabeza con el mas dulce brillo; el reposo de la tarde se extendía sobre toda la naturaleza, y los azudados vapores de un día de primavera, envolvían como de una atmósfera de cristal todas las encantadoras perspectivas de una naturaleza activa. Las aves callaban en la enramada, y á no ser esas voces misteriosas que hablan cuando todo ruido se apaga, voces tal vez de los ángeles que se entretienen en amorosas pláticas acerca de las dulzuras del cielo, todo sobre la tierra estaba sumido en el mas profundo silencio. Los encantos de estas horas solamente un corazón bienaventurado es capaz de sentirlos; y los ojos de Seida se apartaban alguna vez de su joven prometido, porque los sentía llenos de las dulces lágrimas que hacían brotar en ellos la inefable satisfacción de su alma que adivinaba todos aquellos encantos.

Herane había tomado su mano, esta mano en que brillaba el anillo de oro

de sus recientes desposorios, y la miraba con ojos en que se pintaba una ternura inquieta. Pero al ver las lágrimas que resbalaban tan dulcemente sobre su semblante, dejó su mano, y la dijo con una dulzura triste á la par que grave:

— Seída, qué teneis? Qué os he hecho? Acaso os soy odioso? Huís de mi presencia; vuestros ojos se llenan de lágrimas al verme.... Qué debo pensar de todo esto? La union que vuestros padres han formado sin consultar nuestros corazones, habrá de ser tal vez la causa de nuestra infelicidad futura?

— ¡Así lo temo, murmuró la doncella!

Y sus dedos daban vuelta al anillo de oro de los desposorios, como si la tímida desposada hubiera querido devolverlo al que se lo había dado, y si no se sintiera para esto con la suficiente audacia. Durante este rato de vacilacion, dos lágrimas que se deslizaban dulcemente por sus mejillas vinieron á caer sobre el anillo, y Seída enjugó estas lágrimas con su velo.

Herane se había levantado, y fija la mirada en la doncella, se retrataban en sus facciones la profundidad de tristeza que le abnegaba.

— La afliccion se derrama en mi alma á la vista de vuestra tristeza. Y despues esforzándose por calmar la agitacion que hacia traicion á su acento, añadió:

— Seída, sed franca y sincera: tiempo es ya de que nos espliquemos. No creais que nuestros padres, reconciliados una vez, vuelvan á quebrantar la paz jurada, por el solo capricho de dos jóvenes. Decidme lo que pasa en el fondo de vuestro corazon, y sépalo yo antes que nuestras penas sean irremediabiles.

Pero Seída continuaba llorando sin contestar á sus palabras.

Escuchad, dijo Herane aproximándose á ella, con el acento mas dulce. Yo tengo hermanas: una de ellas de vuestra edad, y bella y encantadora como vos: la otra es mas jóven todavía, y entrambas me comunican algunas veces sus secretos. Por ellas conozco yo algunos de los sentimientos de las mugeres: sé que las doncellas distinguen algunas veces entre los jóvenes que viven cerca de ellas aquel que debe ser su guia, su protector, el compañero de su vida: y tal vez, continuó tímidamente, tal vez entre todos estos valientes guerreros que vuestro padre guia á los combates, haya alguno que....

— Yo he vivido siempre sola con mis compañeras, dijo Seída, y mi padre ha sido el único hombre que he visto hasta el dia en que llegaron los enviados de Galaad.

— Si es así, dijo Herane, abrigaréis tal vez en vuestro pecho los sentimientos de ódio que Jephthé ha tenido siempre por su familia.

La jóven prometida alzó entonces sus ojos puros y límpidos, y fijándolos sobre Herane, respondió:

— Jamás mi padre ha hecho traicion á la verdad, y cuando os ha dicho delante de mí que siempre os había amado, él no disfrazaba sus sentimientos. Tambien mi madre os amaba, continuó Seída, y su última plegaria al morir, ha sido para pedir al Eterno el que un dia nos viésemos unidos.

Una lágrima humedeció las mejillas de Herane, y dijo:

— Bendita sea la memoria de vuestra madre que tal pudo desear..... Pero vos, Seída, sentís lo contrario que los de vuestra familia, y hoy me lo probais muy bien.

— Yo! dijo la doncella con un candor angelical. Todas las mañanas he repetido una plegaria que ella me había enseñado. «Dios de mis padres, decía

yo, séenos propicio, haz cesar estas discordias que dividen nuestras familias, y une los corazones de los hijos de dos hermanos que tu has hecho para amarse.

— Vos Seída, vos repetís estas palabras por mí todos los dias! Pero ay! yo lo veo, hablais con los lábios, pero no con el corazon; y demasiado sabeis que Dios no atiende mas que las plegarias que emanan de este.

— Dios es testigo de que yo lo decia con toda mi alma, y con una firme esperanza de ver un dia mis votos correspondidos. Y la doncella al decir esto bajó los ojos, y exhaló un suspiro de lo hondo de su pecho.

— ¡ Oh! si es cierto eso que decís, exclamó Herane aproximándose con calor hácia su prometida, ¿ por qué bañan hoy vuestros ojos esas amargas lágrimas? Será tal vez, añadió con una tímida dulzura, que contrastaba con su aire habitualmente triste, que me halleis demasiado toscó, demasiado salvage: ciertamente yo no he vivido mas que en medio de los acasos y de los peligros, combatiendo hoy y mañana en medio de mis guerreros á unos valientes enemigos, y yo por lo tanto no debo ser mas que un soldado. Pero Seída, cuando la paz me permita despojarme de mis armas, cuando llegue el dia en que pueda teneros junto á mí en el hogar tranquilo, bien pronto olvidaré esta vida dura y feroz que me he visto hasta ahora precisado á seguir. Vuestra dulzura ademas calmará el fuego impetuoso de mi carácter, y la alegría de veros sonreír á mis palabras, derramará la serenidad en mi corazon. Vuestra voz, eco del cielo, que tantas veces ha aquíetado las pasiones en el pecho de vuestro padre, ejercerá sobre mí igual imperio. No temais Seída, la corteza mas ruda no es la que oculta los frutos mas tardanos. No temais el confiaros conmigo.

La sonrisa de Seída, el aire de sencillez y ternura que animaba su rostro, daba á entender bien claro que no era esta la causa de sus secretas penas.

Herane la contempla absorto. No obstante la ventura que le habian hecho concebir algunas palabras de Seída, estaba turbado por las lágrimas que la veia incesantemente derramar.

— Ahora bien, querida Seída, replicó el jóven, esposa prometida á mi ternura, ¿ no llegaré á saber el secreto de vuestras lágrimas? Reveládmelo todo, como aquel con quien debeis partir en adelante vuestras penas y vuestras alegrías, vuestros dias serenos y vuestros dias malos, porque vuestras lágrimas caen amargas sobre mi corazon. ¿ No estamos prometidos el uno al otro, nuestros secretos no deben ser comunes? y en tanto que hablaba de esta suerte, la miraba con la mas tierna solicitud.

Entonces inclinó ella su cabeza sobre los hombros de Herane, y le dijo por lo bajo, entregándole al mismo tiempo su anillo de oro:

— No teneis un recuerdo para la bella Zelpha, para la hija del hermano de vuestra madre, que los criados de vuestro padre debian traerlos por esposa?

Herane queda absorto de contento: esta sola palabra le abria todo un porvenir de ternura y de amor. Besó entonces el borde del velo de Seída, y colocando de nuevo en su dedo el anillo sagrado de los desposorios, exclamó:

— No, no, amada mia! no lo creais, yo no conozco á Zelpha, no la he visto jamás, y mi corazon ha volado por el contrario hácia vós desde el momento en que os he visto.

— No obstante esto, rehusásteis mi mano, replicó la jóven con cierto resto de desconfianza.

— Seída, yo odio la doblez, y aun cuando ya os hubiera amado entonces, como en el día os amo, jamás os hubiera aceptado como prenda de una alianza de guerra. Las cosas que pertenecen al corazón, se deben tratar con el corazón. Seída, yo os daba demasiado valor para dejarme imponer como una ley el obteneros por esposa.

Estas palabras cayeron sobre el corazón de Seída como el rocío del cielo sobre una tierra árida, y la llenaron de una alegría pura y serena. Desconfianza, tristeza, todos desaparecen ante las dulces promesas de Herane, y el amor alumbró su alma con sus mas bellos resplandores.

Permanecieron entrambos un largo rato hablando del riente porvenir que se abría ante ellos; de las dulzuras de una esposa y madre; de los dorados ensueños de sus esperanzas; deliraba Herane de gozo al considerarse como Jacob otros días, cercado de una numerosa familia de hijos y de criados, á quienes gobernaba con una autoridad sabia y prudente.

Las compañeras de Seída, echándola de menos, tornaron sus pasos deshaciendo el camino andado con ánimo de buscarla; pero al hallarla sentada al lado de su futuro, se apartaron de aquel lado ocultándose en medio de un bosque de palmeras, temerosas de turbar este dulce entretenimiento.

— Herane, cuidad por vuestros días, que desde hoy son los míos, dijo Seída al separarse de su joven prometido.

— Amada mia, no olvideis jamás á aquel cuya ternura durará tanto como su vida.

Y aun cuando hablaban así, ni la muerte ni la inconstancia amenazaban sus días.

Oh! si el hombre pudiera conocer y nombrar todos los males que están presto á caer sobre él! Quién sabe? tal vez él lograría evitarlos. Pero el número es tan grande, que siempre se queda alguno que su prevision no alcance. ¡Ay! y este es siempre aquel que se desploma sobre él.

## VII.

Entretanto Jephthé partió con un poderoso ejército, que cada día se acrecentaba, y despues de haber libertado á Israel de la mayor parte de sus opresores, comenzó la guerra con los Anmonitas, únicos que ya quedaban por vencer.

Un día que habia sido la lid mucho mas encarnizada que nunca, Jephthé, que ya se creía abandonado de Dios, y temia ser vencido, exclamó:

— «Dios de Israel, tú lo ves: tus enemigos triunfan, y se rien de nuestros esfuerzos. ¿Dejarás imperfecta tu obra? ¿Te hemos irritado con nuevas culpas? ¿Te es menester un sacrificio? Pues bien, escoge entre tu pueblo. Desde hoy te ofrezco el primer ser viviente que se muestre ante mis ojos cuando yo vuelva á mi morada triunfante. Señala tu víctima, te será dada, lo juro. Pero en cambio somete á mi poder los hijos de Anmon.» Jephthé salió por fin triunfante.

## VIII.

Y Seída; que hacia Seída durante este tiempo? Sentada todo el día en la azotea de su casa, miraba á lo léjos el campo y decia: Por qué nuestros guerreros no vienen aun? Oh! tardaré mucho en descubrir sus carros y corceles que rápidos atraviesan la llanura?

Y siempre sus ojos procuraban distinguir en el horizonte el brillante reflejo de un estandarte ó de una armadura.

Después sus manos delicadas bordaban una preciosa banda para que Herane á su vuelta pudiese llevarla como adorno. O bien, ayudada de sus compañeras, la jóven desposada preparaba los vestidos suntuosos de sus próximas nupcias; el velo con palmas de oro, la túnica azul y las sandalias adornadas con perlas del Oriente. O bien repetía con ellas los cánticos que habian de celebrar la solemnidad de las fiestas nupciales, siempre ostentosas entre los hebreos....

Y sus sueños de vírgen son dulces y hermosos. Ve una morada risueña al pié de la montaña, un arroyo corre en la pradera y murmura entre las altas yerbas que vivifica, frescos follages preservan la casa de los rayos ardientes del sol; la vid y la higuera ornan las paredes deslumbrantes de blancura, y sus ramas se enredan ante la puerta cual un verde pabellon.

Ve asimismo sirvientes activos y jóvenes, numerosos rebaños, y reinando el orden, el trabajo y la paz bajo aquel techo en que el extranjero encontrará siempre una larga hospitalidad, y el pobre pan y asilo. Ve á Herane abandonando la guerra y sus azares para entregarse á los sencillos trabajos, en los cuales Abraham y Jacob habian encontrado en otro tiempo los placeres de su juventud, y la dignidad de los dias de su vejez. Y ella misma se juzgaba como Sara, Rebeca ó Raquel, ocupada de los mismos cuidados apacibles, distribuyendo el trabajo á las sirvientas y la comida á los sirvientes, hilando y tejiendo con sus manos los vestidos de Herane, el querido de su corazón. Pues en esta feliz vida de las edades primeras, el trabajo á que todo hombre está sometido era dulce: los unos trabajaban para los otros con una simultaneidad de cuidados, que el afecto sabia embellecer.

Después una vision mas hermosa, y mas encantadora aun que las otras, se une á sus sueños de felicidad. Ve una cuna suspendida donde juega un hermoso niño de suave sonrisa, de penetrante mirada y purpúreas mejillas; un hermoso niño como Moisés, cuando la hija de Pharaon le encontró entre las aguas del Nilo; y su corazón se estremece al considerar los goces tan inefables que la esperan.

Ensueños dorados, ensueños felices, arrullad, adormid su mente; prolongad su sueño; amortiguad aquella infatigable vigilancia con que Seída contempla los caminos, ya sea desde la azotea elevada de su casa, ya sea al través del enrejado ligero á su ventana.

Ay! el tiempo vuela rápido, la guerra se ha terminado, el victorioso tropel ha llenado los senderos de la montaña, y ya se acerca.

Doradas ilusiones, ilusiones felices, arrullad, adormid su mente. O prolongad, prolongad su sueño: una hora, una hora aun, no podeis detenerla! Aletargadla, alucinadla, redoblad vuestros encantos seductores.

Pero el sol brilla en el horizonte: un pájaro oculto en un cedro cercano celebra su vuelta. Ay! sus cantos han despertado á Seída, que, sorprendida de haber dormido tanto tiempo, se lanza ó su ventana.

Cascos y corazas relumbran en el horizonte; un tropel avanza, estendiéndose en los senderos lejanos, semejante á los anillos de una gran serpiente.

— «Es él! son ellos!» esclama la doncella, y la alegría se apodera de su corazón. O pobre Seída!...

(Se concluirá.)